

Gatos Detectives



Alessandro Gatti
Davide Morosinotto

¿QUIÉN HA SEQUESTRADO AL REY DE LA COCINA?

Ilustraciones de
Stefano Turconi

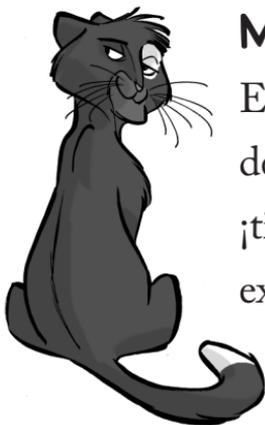
Traducción de Andrés Prieto



laGalera



LOS PROTAGONISTAS



Mister Moonlight

Es el jefe de los gatos detectives. Astuto y audaz, ¡tiene una intuición excepcional!



Josephine

Elegante y sofisticada, enamora a todos los gatos de París.





Ponpon

El pequeño del grupo.
Es tozudo y algo torpe,
¡siempre se mete
en líos!



Dodó el Marsellés

Es un gato vagabundo,
sarnoso y pícaro, que
conoce todos los secretos
de los bajos fondos.





Olivier Bonnet

Artista y soñador, es el «amolimentador» de Mister Moonlight. No es tan espabilado como su gato, pero es amable y generoso con los felinos de la ciudad.

Luc Raté

Es un ratón de campo pequeño y achaparrado. Educado y servicial, es el ayudante oficial de Mister Moonlight.



Tenardier

Fugado del zoo cuando todavía era una cría, es el rey de las alcantarillas de la ciudad. ¡Lo sabe todo el mundo!





Inspector Rampier

Conocido en todo París, tiene un par de bigotillos que se le erizan cada vez que ve un gato. Es huraño y gruñón, ¡y siempre se equivoca al resolver sus casos!



Cauchemar

El bulldog de Rampier. Es muy grande, pero en realidad es bastante cretino. ¡Está dispuesto a hacer lo que sea para capturar a los gatos detectives!



Gatomas

El gato ladrón más famoso de París. ¡Es tan astuto, ágil y listo que es imposible atraparlo!







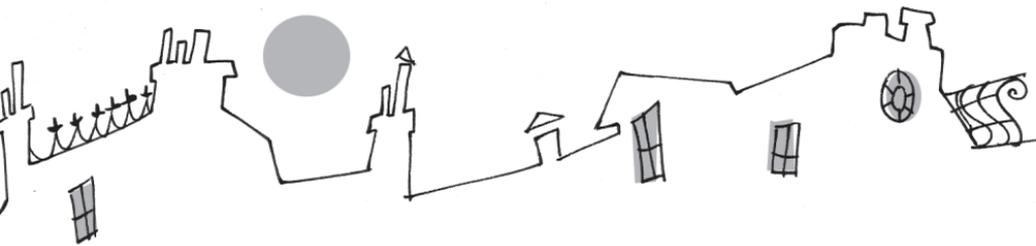
Capítulo 1

Una cita secreta

¡Ah, París! La ciudad de la Luz, de la Torre Eiffel y de los restaurantes a la orilla del Sena. De las damas que pasean con sombrillas de encajes y blondas. Y, sobre todo, la ciudad de los gatos.

En el barrio de Montmartre, en el número 12 de la calle Victor Massé, había un pequeño edificio, alto y estrecho, con una puertecita roja de madera desconchada.

En su último piso había una amplia buhardilla con ventanas, desde las cuales se podían admirar todos los tejados de París, o casi

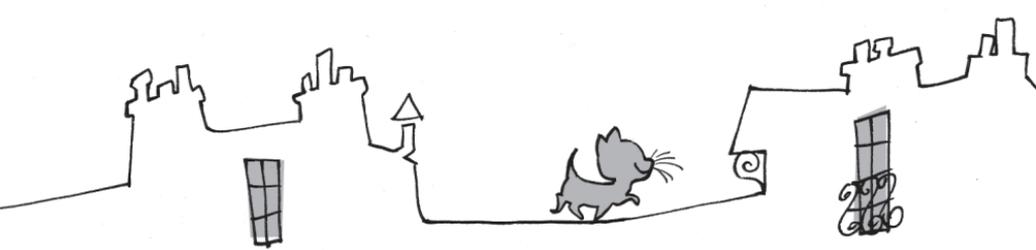


todos. Allí, en el alféizar de la ventana, encima de un blando cojín de terciopelo negro, yacía enroscado sobre sí mismo un gato negro. En realidad no era completamente negro: tenía tres manchas blancas, una en la punta de la cola, otra en un ojo y la tercera en la pata delantera izquierda. Se llamaba Mister Moonlight (que significa «luz de luna» en inglés, porque era un gato americano).

En aquel momento, entre las patas del minino se acurrucaba un ratón de campo de color café con leche, que llevaba (¡vete a saber tú por qué!) pajarita. El ratón se llamaba Luc Raté y...

«¡Ya sabemos lo que pasa cuando un ratón cae en las zarpas de un gato negro!», me diréis. «Un momento –os respondo yo–. Esta vez no es como os pensáis.»

–Listo, señor –murmuró Luc Raté, levan-



tando la cabecita y dejando la lima—. Ya tiene las uñas bien afiladas.

Mister Moonlight asintió distraído y levantó la pata, revisando sus zarpas. Estas se encontraban afiladas como cuchillos.

—Excelente, Raté —comentó—. Un trabajo muy bien hecho, amigo mío.

El ratón se sonrojó y los pelos de su bigote temblaron ligeramente.

—Muy amable, señor.

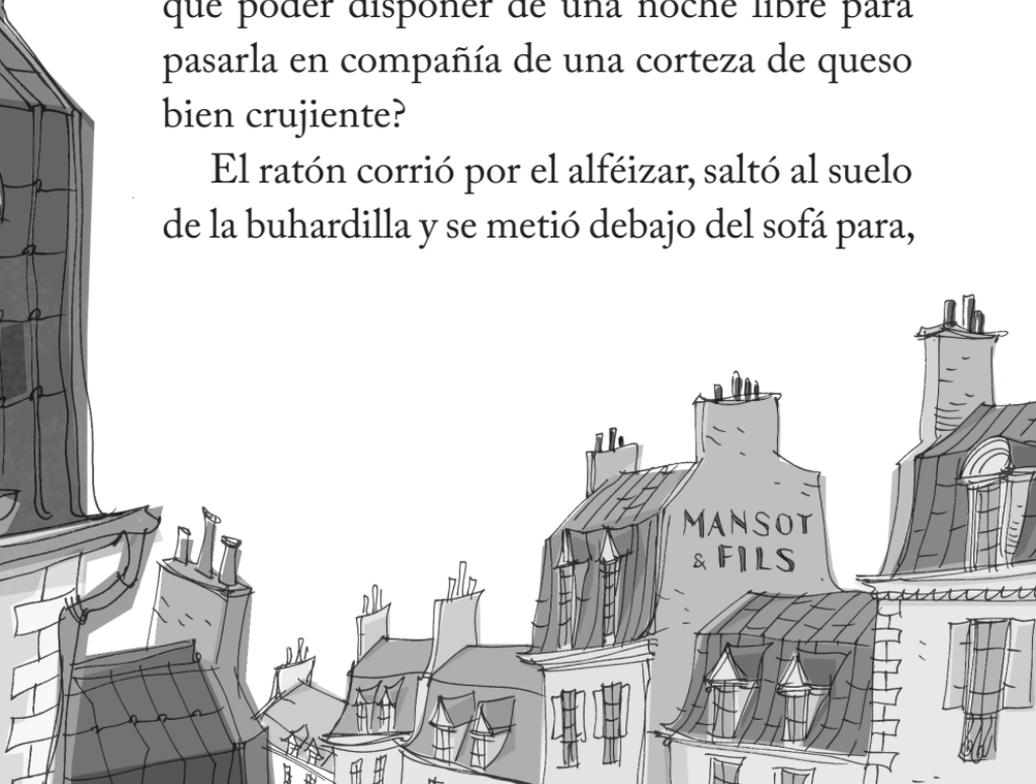
—Ya puedes marcharte. Creo que haré una siesta. Pero no te olvides de despertarme media hora antes de que se ponga el sol: tengo una cita muy importante esta tarde.

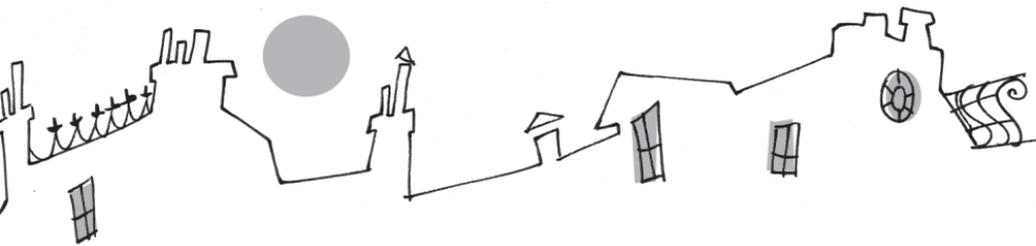
Luc Raté asintió. Hacía muchos años que era el mayordomo de Mister Moonlight, lo había acompañado en los cruceros que surcaban el océano y después se había ido a vivir con él a aquella vieja buhardilla.



Ahora ya conocía perfectamente las costumbres de su amo: sabía, entonces, que era miércoles y que, como cada miércoles, Mister Moonlight saldría a media tarde y volvería solo a altas horas de la noche. Pero nunca le decía adónde iba o qué hacía: a veces se comportaba como un gato muy misterioso. Y, en el fondo, a Luc Raté ya le iba bien: ¿qué había mejor que poder disponer de una noche libre para pasarla en compañía de una corteza de queso bien crujiente?

El ratón corrió por el alféizar, saltó al suelo de la buhardilla y se metió debajo del sofá para,



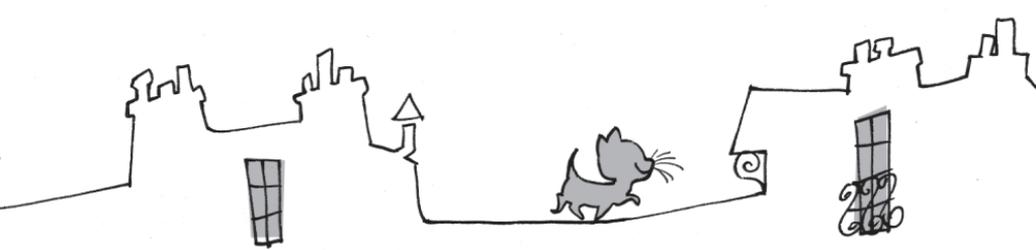


de inmediato, desaparecer por el diminuto agujero de la pared que era, en efecto, su ratonera.

Mister Moonlight, en cambio, continuó encima del cojín admirando los tejados de París. Aquella vista le encantaba: observándola con atención se podían descubrir un montón de cosas interesantes. Por ejemplo, que François Pigeon, el palomo mensajero, se había vuelto a enfadar con su novia Valentine Colombine, y que ella le había echado del nido. Aquellos dos estaban siempre como el perro y el gato, pero después hacían las paces; en el fondo se querían mucho.

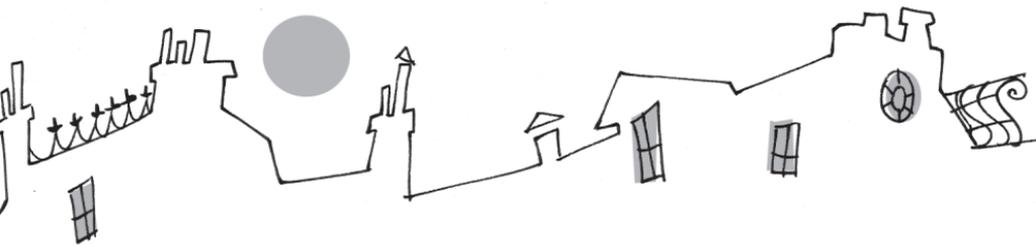
—Moonlight —gruñó una voz profunda y algo estridente—. Moonlight, ¿dónde estás?

La voz no había hablado en mininés (es decir, la lengua de los gatos), sino en francés. Esto era bastante normal, ya que los humanos eran absolutamente negados para las lenguas



extranjeritas. A diferencia de los gatos: Moonlight, durante sus largos viajes por el mar, había aprendido diversas lenguas de los humanos, aunque nunca las usaba en presencia de estos. ¡Imaginad la cara que pondrían si supiesen que los gatos entendían su cháchara (y que, casi siempre, se reían de ellos)!





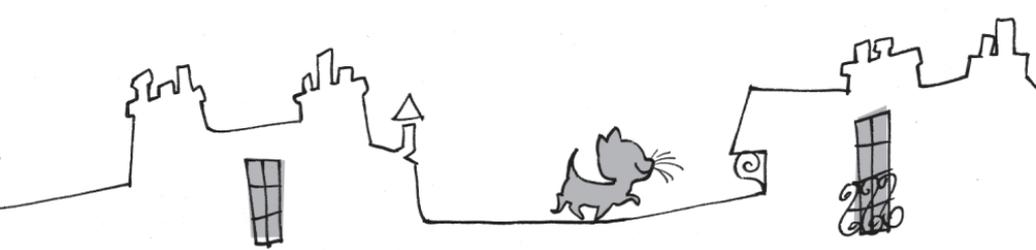
—Moonlight, ¿dónde estáas...? ¡Aquí! —exclamó el señor Olivier Bonnet, acercándose a la ventana—. ¿Por qué nunca respondes cuando te llamo?

Bonnet era un señor de mediana edad, con un bigotazo engominado y perilla. Tenía una considerable barriga, las mejillas redondas como manzanas maduras y las puntas de los dedos siempre manchadas de pintura, cosa lógica teniendo en cuenta que era pintor o, como él decía, «artista».

—¡Mira lo que te he traído, Moonlight! Una sorpresita...

Con un gesto de prestidigitador, Olivier se sacó del bolsillo del chaleco una lata dorada, cogió un abrelatas de un cajón y se dispuso a destaparla.

No fue fácil. Después de un pequeño concierto de ums, ¡uys!, ¡uys! y ¡carambas!, finalmente

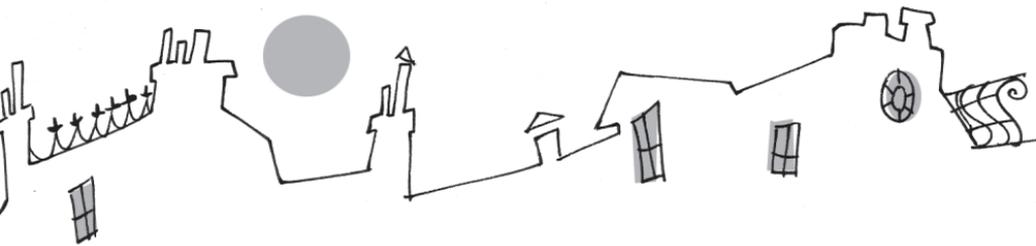


el pintor pudo abrirla y por el aire se esparció un delicioso olorcillo. Moonlight lo habría reconocido con los ojos cerrados: salmón del Atlántico en aceite. No tan apreciado como el salmón real del Pacífico, ¡pero igualmente para relamerse los bigotes!

—Había pensado en hacerte un regalito —dijo Bonnet, mirando el pescado enlatado—. Últimamente había descuidado un poco tu alimentación... Solo te daba sobras... Pero desde que robaron mis cuadros de la galería del señor Prunier...

Mister Moonlight maulló y se puso a ronronear (para alegrar al pobre Bonnet). El pintor era un buen hombre, de espíritu noble, pero también muy, muy ingenuo.

Así, no se había dado cuenta de que el señor Prunier, el propietario de la galería adonde llevaba sus obras para venderlas, era en realidad



un mangante que se inventaba cualquier excusa para no pagarle nunca un céntimo: la última vez le había contado a Bonnet que unos ladrones habían robado los cuadros, aunque en realidad él se los había vendido a un rico coleccionista quedándose con todos los beneficios.

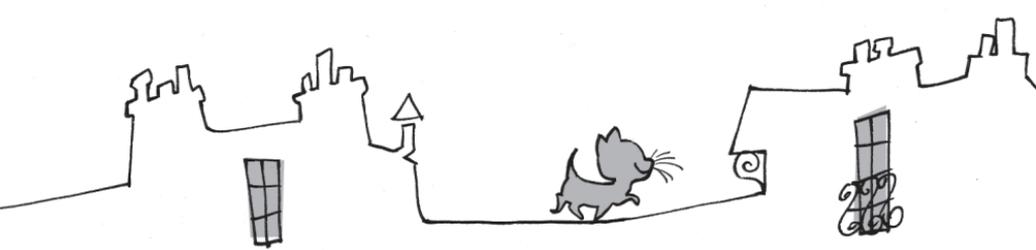
Mister Moonlight meneó nerviosamente la cola pensando en aquel sinvergüenza de Prunier, bajó de la ventana con un saltito felino y siguió a su amigo pintor por el salón hasta la cocina, donde estaba el delicioso manjar.

—Todo tuyo —dijo el pintor, satisfecho—. Que aproveche, amigo mío.

Moonlight se acercó a la comida, la olió y... apenas probó un poquito de salmón.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no te lo comes? ¿Es que no tienes hambre?

—¡Miau! —contestó Mister Moonlight, obviamente en mininés.



Era una lástima que el pintor no entendiese ni una palabra del lenguaje felino, porque el gatito estaba intentando explicarle que era miércoles y que, como cada miércoles, tenía una cita muy importante y no tenía tiempo de cenar.

Moonlight, entonces, se frotó contra los tobillos de Bonnet y se fue trotando alegremente.

Un salto al respaldo del sofá, otro al alféizar, un empujón con la pata a la ventana ajustada, un paseíto por la cornisa y, en un santiamén, el gato se había perdido entre los tejados de Montmartre.